

Diario de viaje sobre el río Magdalena de Alexander von Humboldt: la sensibilidad artística de un científico

Por *Christiane LAFFITE*
Université de Paris IV-Sorbonne

ESTE DIARIO DE VIAJE representa un relato original en la obra de Humboldt: no hace parte de ninguno de los tomos publicados en el siglo XIX y permaneció archivado y desconocido hasta 1970. En esta fecha el diario fue remitido a la Academia Colombiana de Ciencias, para que lo tradujera y publicara. Se confió a Enrique Pérez-Arbeláez la tarea de hacer los últimos retoques, lo que no careció de dificultades; en su prefacio, este autor nos explica las razones que permiten, por otra parte, abordar la obra humboldtiana bajo una mirada nueva.

Gracias a las observaciones del historiador colombiano podemos reconstruir lo que llamaremos, en lenguaje informático de hoy, el sistema de explotación de datos del científico alemán. Humboldt habría construido su relato no en dos fases (trabajo de campo y explotación científica), como generalmente se cree,¹ sino en tres fases sucesivas: 1) la observación y la descripción según las sensaciones experimentadas frente al paisaje (especialmente en su diario de viaje por el Magdalena); 2) la inserción en el relato de datos, fenómenos, todo un complemento de información suministrada por el entorno y sus lecturas; 3) los datos científicos, ya sean de orden geográfico, geodésico, astronómico, económico, abundantemente apuntalados y complementados con numerosos informes que posteriormente le fueron transmitidos (Fidalgo, Mutis, informes consulares etcétera).

El estilo de este diario oscila entre el relato histórico y la correspondencia de Humboldt. Está más cerca, a nuestro juicio, de esta última, con la diferencia que el relato es menos minucioso, menos inmerso en las letras, ya que el autor describe un gran número de experiencias de viaje sobre un periodo definido. Se lo siente, pues, limitado,² y sus sensaciones son fugitivas, contrariamente a lo que se experimenta a lo largo de su ascenso del Magdalena, así como en su viaje a las regiones equinociales: "Una reunión de circunstancias físicas tan notables había de llamar la atención en lo tocante a estos valles, donde la salvaje

¹ Interface Historia: entre 1750 y 1900. Y von Chatelain, "La découverte de milieux naturels nouveaux"

² Carta del 21 de septiembre de 1801 a Wilhelm von Humboldt.

belleza de la naturaleza está hermosada con la industria agrícola y las artes de una civilización naciente”.³

En el relato de su viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente, Humboldt tiene un apego particular a los cursos de agua. No sólo al Orinoco, que elogia describiéndolo con un arte literario magistral, sino también todos los brazos de este río, que lo sedujo sin decepcionarlo nunca. Desde el río Orituco hasta el río Magdalena, del que hablaremos, pasando por el río Apure, el Sinaruco, el Meta, el Guaviare, el Negro, el Amazonas etc., no deja de lado ningún detalle, ni las historias de los indígenas que le cuentan los misioneros ni la descripción de la fauna, de la flora, de la topografía o el estudio de los medios de navegación fluvial.

Sin embargo, desde que ve el Orinoco, un cambio se opera muy claramente en él, como dejando eclosionar su sensibilidad. El lenguaje se hace poético: “Una inmensa llanura de agua se extendía ante nosotros [...] blanqueaban las olas levantándose a varios pies de altura [...] Estos rasgos inciertos del paisaje, este carácter de soledad y de grandeza, son peculiares al curso del Orinoco, uno de los ríos más majestuosos del nuevo Mundo”.⁴

Y este lenguaje se asemeja singularmente al que emplea en el diario de viaje por el río Magdalena para definir el río: “El panorama del río es grandioso y majestuoso”.⁵

El río

ESAS vastas regiones, esas cordilleras, esos ríos, impresionaron a Humboldt. No trata, por otra parte, de ocultar su admirativo asombro ante tales paisajes de bosques, de montañas o de extensiones de agua. Se pregunta sin embargo cuál es la parte de lo imaginario, lo maravilloso, en los relatos: “Como las tradiciones del Dorado [...] han sido diversamente modificadas según el aspecto del país al cual se ha querido adaptarlas, hay que distinguir lo que encierran de real y lo que es puramente imaginario”.⁶

En realidad, sus observaciones y su propia percepción del paisaje van a constituir la trama de su estudio. Desde entonces, podrá seguir asombrándose sin exceso, tratando de comprender el porqué de ciertos fenómenos: ¿por qué el agua es de un cierto color? ¿Por qué hay

³ Capítulo xvi, libro v.

⁴ *Viaje a las regiones equinociales*, cap. xix, p. 887

⁵ *Ibid.*, p. 67

⁶ *Viaje*, p. 1031

brisa, corrientes, poca agua o lo contrario? Y a lo largo de su diario de viaje no vacila en comparar: son comparadas las corrientes del Magdalena, el Casiquiare y el Orinoco. Sobre el río Magdalena hay que soportar una fuerte corriente, no a causa de la profundidad del agua, sino porque hay pocas islas sobre el río y también pocos afluentes, contrariamente al Orinoco. La navegación es muy dura sobre el Magdalena a causa de la falta de brisas. Es comparable al descenso del Orinoco de junio a septiembre para ir a San Fernando de Apure.

Sobre el Magdalena, entre Barranca y Mompo, el paisaje es bastante monótono, pues el lecho del río no es tan amplio como el del Orinoco. En cuanto a los mosquitos, representan una verdadera plaga. Sus piquetes son superficiales pero exentos de escarlatina y de otras enfermedades inflamatorias, mientras que sobre el Orinoco son el origen de graves males que sufren los ribereños.

Esas comparaciones incesantes parecen necesarias a este científico que no quiere en ningún caso describir sensaciones sin haberlas antes analizado, estudiado, sopesado. Cuando no utiliza este medio estaremos frente a fenómenos muy particulares, originales y desconcertantes. Será objeto del resto de nuestro estudio. Y en esto es excepcional el diario sobre el río Magdalena. Reagrupa en una decena de páginas las particularidades literarias y científicas de un estudioso que observa ante todo con los sentidos y más particularmente con la vista y el oído. Un estudioso que es consciente de la subjetividad de sus sensaciones cuando las compara con fenómenos semejantes pero que de alguna forma lo han marcado. Aclaro: por ejemplo Humboldt supo apreciar el Magdalena, que es sin duda menos impresionante que el Orinoco. Pero, inversamente, el río venezolano le impide apreciar el río colombiano en su justa dimensión y nuestro científico alemán lo confiesa sinceramente en su diario de viaje: "En general, en estas hojas, pareceré con frecuencia injusto con el río Magdalena, porque mi imaginación aún está llena de los grandes cuadros del mundo del Orinoco. Uno debería dejar siempre para el final lo más grandioso".⁷

Sin embargo Humboldt no denigra nada. Sabe ofrecer una visión serena y reflexiva de los hechos y de los acontecimientos. Dirige una mirada justa, reveladora de impresiones fugitivas, como todo explorador, y lo hace parte de sus observaciones apoyándose en sus propias sensaciones. Aunque el paisaje del Orinoco es según él maravilloso, no vacila en describir sus aguas tal como las ve, sin añadir juicio: "Las aguas del Orinoco son turbias y están cargadas de materias terrosas,

⁷ *Ibid.*, p. 67.

exhalando por la acumulación de cocodrilos muertos y otras materias putrescibles un olor almizclado y dulzón”.⁸

Con sus compañeros, encuentra una solución para acomodarse con esta agua almizclada y dulzona. Le bastará filtrarla para beber. Todo a lo largo del ascenso de los ríos, ya se trate de los ríos venezolanos o del Magdalena, se siente la necesidad imperativa en el hombre de ciencia de no quedarse con la sensación, cualquiera que ésta sea, sin desarrollarla, tratando de mostrarla bajo un aspecto positivo. En eso es diferente de los otros exploradores o de los viajeros de su época que no tienen esta preocupación.

Los diarios de viaje por el Magdalena

Al comienzo del siglo XIX, numerosos extranjeros navegaron sobre el Magdalena para ir de Cartagena de Indias a Honda (puerto de Santafé) o inversamente. Si se comparan sus impresiones con las de Humboldt, se compruebará rápidamente la medida en que cada observador tiene su propia visión. Fuera de algunas descripciones básicas de la embarcación, de los remeros o del río mismo, cada viajero interpreta la realidad a su manera, según sus afinidades, sus preferencias, sus gustos. El científico alemán no se detiene nunca en lo que ve, en lo que oye, sino que trata siempre de completarlos para comprender y poner en valor. Por eso puede afirmarse que el relato de viaje de Humboldt no es un relato de viaje más que viene a agregarse a los otros,⁹ es decir, más particularmente, los relatos de Mollien, Bache o Lemoine.

Si partimos de un análisis estricto del río, las corrientes, la navegación o las molestias ocasionadas por los mosquitos, no encontramos en Mollien más que una observación fría de estos elementos.¹⁰ Nos enumera de alguna forma fenómenos sin matices, sin comparación y a veces sin amenidad: “En el Magdalena se advierten tres temperaturas perfectamente diferenciadas: las brisas del mar soplan desde su desembocadura hasta Mompox”.¹¹ Luego no hay viento, en el curso del río, agrega, excepto cerca de la fuente, donde sopla una ligera brisa de tierra. Mollien concluye diciendo ¡que los europeos en general no mueren por esta falta de aire! Es decir que relaciona el fenómeno únicamente con el viajero que es, sin expresar la idea que esta falta de brisa

⁸ *Viaje*, p. 945.

⁹ Charles Minguet, *A. de Humboldt*, p. 173, “Humboldt et les philosophes rationnels” [trad., *Humboldt: el otro descubrimiento*, vol. II, pp. 195-198].

¹⁰ *Viaje por la República de Colombia*, 458 págs.

¹¹ *Ibid.*, p. 51.

hace la navegación más difícil para el equipaje y el barco, y sin insistir en el hecho que este río es el único medio de comunicación entre el centro de Colombia y la costa caribe. Esta tendencia a una cierta parcialidad le fue ya reprochada por la crítica europea cuando salió la obra.¹² En cuanto a Bolívar, calificó al agente de información francés como “europeo que presume de sabio”.¹³

Su obra sigue siendo a pesar de todo interesante si el lector logra abstraer esta posición tomada todo a lo largo de la lectura. Para Mollien, el paisaje no puede ser totalmente bello. Es bello en los alrededores de Cartagena, nos dice, “para los amantes de la naturaleza desordenada y del aspecto salvaje”.¹⁴ Ahora bien, ¡son precisamente estos grandes espacios y esta naturaleza en su aspecto salvaje lo que es bello! Este reflejo continuo de una voluntad que quiere permanecer aparte quita su intensidad al relato.

Algunos años después, en 1828 más exactamente, Le Moyne escribirá a su vez un diario de viaje en Nueva Granada. Una nueva versión de la navegación sobre el río Magdalena aparece. Es más interesante que la precedente en el sentido que Le Moyne describe minuciosamente el avance del sampán, el aspecto físico de los remeros, su salvajismo, el duro trabajo que ejercen. Esta visión es realista y relativamente completa por los detalles prácticos relativos a la embarcación, sus pasajeros y los bateleros. Algunas notas recuerdan extrañamente el relato humboldtiano. Le Moyne es consciente de ello porque en varias ocasiones, especialmente en ocasión de su paso por Turbaco en 1839, confiesa al describir los volcanes: “Los he encontrado en el mismo estado que habían sido descritos hace cuarenta años por Humboldt; prefiero sustituir al relato que podría yo hacer el que ha hecho el sabio viajero en sus vistas de las cordilleras”.¹⁵

En lo que concierne a los detalles científicos sobre los troncos de los árboles a lo largo del río, cita de nuevo a Humboldt.¹⁶ Su relato de viaje sobre el río es ciertamente uno de los más completos y más interesantes de la época. Pulula de detalles y de explicaciones, pero no exhibe la finura del testimonio del viajero alemán.

¹² “El viaje de Mollien”, *Gaceta de Colombia*, agosto de 1826.

¹³ Vicente Lecuna, *Cartas del Libertador*, Nueva York, Colonial. 1948, tomo IV, núm. 776, pp. 337-338.

¹⁴ *Ibid.*, p. 22.

¹⁵ *La Nouvelle Grenade*, par le Chevalier A. Le Moyne, ministre plénipotentiaire, tome 2, Paris, A. Quantin, 1880, p. 201.

¹⁶ *Ibid.*, tome I, p. 85.

El relato de Bache,¹⁷ que también contiene un diario de viaje de unas quince páginas sobre el Magdalena, es una interpretación del relato de Humboldt al que han sido agregadas observaciones sobre el terreno. Richard Bache pone sobre el papel una mezcla impresionante de detalles sobre la flora, la fauna, los productos exóticos, las recetas de cocina, los precios de los productos, la navegación, las medidas, la cohabitación con los miembros del equipaje del barco, las distracciones: “Tomé un baño nocturno en el que no experimenté mayor placer, a causa de lo excesivamente turbio de las aguas y del temor a los caimanes, los cuales son constantes moradores de las riberas, islas y bancos de arena”.¹⁸

Esta manera de expresarse es desconcertante y el conjunto carece de organización en el relato. La mirada del viajero anglosajón se fija sobre una infinidad de objetos. No deja de lado ninguno y describe cada observación con pasión. Reencontramos un poco de esta pasión en el relato del lugarteniente sueco Gosselmann,¹⁹ que revela ahí un inmenso talento de narrador cuando describe los paisajes y traza los retratos de las personas que encuentra.

El capitán del navío español Joaquín Francisco Fidalgo, por el contrario, no da muestras en su itinerario de ninguna pasión.²⁰ Las notas agregadas a su informe de misión recuerdan a menudo el estilo de la relación histórica de Humboldt en la inserción en el relato de todo un complemento de información suministrada por su entorno o sus lecturas.²¹ Un elemento esencial falta: la sensibilidad. Por ello, en realidad, esta función — que está ausente del relato francés, del relato español y es demasiado fuerte en el relato inglés — está dominada en el relato del científico alemán, como si reflejara la expresión de la corriente filosófica contemporánea de su país natal.

Aunque es todavía un poco apresurado para certificarlo, sin embargo es indudable que constatamos aquí el rastro de los pensadores que fueron Hegel, Goethe o Schopenhauer en el trazado del pensamiento de Humboldt, desde la experiencia sensorial hasta la expresión escrita.

¹⁷ *A visit to Colombia in the years 1822 to 1823*, Filadelfia, 1826. Citamos aquí la traducción del diario hecha por Angel Raúl Villasana, Caracas, Instituto Nacional de Hipódromos, 1982.

¹⁸ *Ibid.*, p. 225.

¹⁹ *Viaje por Colombia, 1825-1826*, Bogotá, Banco de la República, 1981.

²⁰ *Derrotero del mar de las Antillas, geografía y viajes*, tomo I, Bogotá, imprenta de vapor de Zamalea Hermanos, 1891.

²¹ Más precisamente, en una carta que envía de Colombia el 21 de septiembre de 1801 a su hermano Wilhelm, Humboldt precisa que Fidalgo, al que ha encontrado en Cartagena, obtuvo los mismos resultados científicos que los suyos en observaciones geodésicas.

La sensibilidad de Humboldt frente al río

Los viajeros de la época quedaron impresionados por su navegación sobre el río Magdalena. Quisieron transmitir al lector su propia visión de ese río majestuoso. ¿En qué medida podemos fiarnos de la expresión de esta experiencia visual directa? Hemos visto que, además de las características esenciales de la navegación (vientos, corrientes, barcos, calor, mosquitos) se desprende de cada relato una interpretación particular, como si se tratara de un testimonio o de un reportaje, o incluso de un diario crítico.

Si hemos basado nuestro estudio sobre la parte de sensibilidad de los viajeros, es porque describieron lo que veían, según sus sentidos. Ahora bien, si en general han señalado del mismo modo el barco, la falta de brisa o la fuerza de los bateleros, de ninguna manera han sentido de la misma forma la belleza o la molestia de los lugares y de los personajes. Este fenómeno se explica por la parte de imaginación que se agrega a la mirada. La mirada en este caso corre el riesgo de no ser libre, sino dependiente de sentimientos preconcebidos.²² Jürgen Trabant corrobora esta demostración sobre la noción de actividad subjetiva: “La palabra tiene su origen justamente en esta percepción, no es la réplica del objeto en sí, sino de la imagen que éste produce en el alma”.²³

Es ahí que el científico alemán se distingue de sus contemporáneos. Ahí que su educación, su cultura, le permiten fijar en las cosas una mirada que confiere a su relato una apertura sobre ese nuevo mundo impregnado no sólo de realidad subjetiva que bordea el determinismo, sino de “posibilismo”.²⁴

Todo a lo largo de su diario sobre el río, se percibe una voluntad de querer interpretar, probar la razón de este o aquel fenómeno, esta o aquella característica, en una búsqueda cada vez más minuciosa. Esta voluntad se aplica especialmente a tres elementos esenciales: la flora, la fauna y los remeros.

Humboldt describe los bosques llenos de mimosas de todo tipo. No se limita a una descripción sucinta de la mimosa clásica que conocemos en Francia, sino que de entrada nos presenta la Cavanillesia, el Pothos, el Bombax etc. Dotadas todas de “una forma deliciosa y pintoresca de formas vegetales majestuosas”.²⁵ Somos conscientes de la

²² Cf. Roland Recht, *La lettre de Humboldt: du jardin paysager au daguerrotype*, pp. 17-21.

²³ “Penser Humboldt aujourd’hui”, en *Lapensée dans la langue. Humboldt et après*, p. 22.

²⁴ Cf. Minguet, *A. de Humboldt*, p. 403 [trad., vol. II, p. 132].

²⁵ *Diario de viaje*, p. 67.

confiabilidad de esta afirmación porque reencontramos en su capítulo sobre la botánica una descripción completa de sesenta tipos de mimosas y otras plantas leguminosas existentes.

La selva es densa, bella: “las altas copas de los árboles estaban engalanadas con mil luces azulosas”.²⁶ Esta descripción refleja la determinación del científico de no revelar más que lo bello. Lo que es dañino o menos digno de elogio, sólo brevemente será citado o expuesto y Humboldt lo dotará de un aspecto opaco que va a revelar su mediocridad. Recurrirá a este procedimiento que hemos evocado al comienzo de nuestra exposición cuando hablamos de fenómenos originales y desconcertantes que no han sido comparados ni profundizados científicamente, como si el autor dejara al lector el cuidado de interpretar por sí mismo su propia sensación por medio del color dado.

Este juego de colores a lo largo del relato muestra claramente la influencia de Goethe sobre el viajero alemán. El color era la forma con la cual, según la ley, la naturaleza se ofrece al sentido visual;²⁷ cuando Humboldt no la interpreta, le toca al lector hacerlo. Es decir que a partir de una percepción sensorial que le es extraña, el lector va a tener que experimentar otra. Su cultura, su imaginación, van a ser llevadas a concebir una percepción de alguna forma muda.²⁸ Él mismo, en su relato, confirma esta imposibilidad de resolver con la ayuda de la experiencia directa el problema del color de los elementos.²⁹ Cita a propósito el ejemplo de los dos afluentes del río Casiquiare: el Siapa y el Pasimoni, que son respectivamente blanco y negro. Para los indios, no hay explicación a esto. Para los misioneros también interrogados, la presencia de raíces de zarzaparrilla en el lecho del río tendría una acción colorante.

Volvamos a las copas de aquellos árboles que Humboldt describió como azulosas. Sabemos que los árboles son verdes. Goethe ofrece una explicación precisando que “la imagen aparente se muestra al mismo tiempo que la imagen real al lado de ella”.³⁰ Ahora bien, el azul, generalmente, recuerda el cielo y las alturas. Recuerda igualmente la sombra y da una impresión de frescura, del mismo modo que el verde (mezcla de amarillo y azul).

²⁶ *Ibid.*, p. 65.

²⁷ Es la definición dada por Goethe en el *Tratado de los colores*, ediciones Triades, 2000, p. 89.

²⁸ *Ibid.*, cap. iv, “Efecto psíquico-moral del color”.

²⁹ *Viaje*, pp. 940-941.

³⁰ *Tratado de los colores*, p. 110.

Y eso Humboldt lo sabe, porque habla de “fresco verdor de la ribera”³¹ a lo largo del río. Ahora bien, ninguna brisa sopla sobre el río. Es sólo la representación imaginada del color que le puede producir esta impresión de frescura tan esperado.

Esto puede parecer asombroso, observar en un científico ansioso de análisis y de racionalidad este toque de imaginación que vendría a deformar una interpretación lógica. Ahora bien, si se considera la erudición del científico alemán, es fácil admitir que acepta, como hombre moderno, la existencia de una “relación superior del mundo de los cuerpos coloreados con el alma”.³² Humboldt demostraría ahí, como científico de vanguardia, no ya la subjetividad del apasionado por la naturaleza tropical, sino la objetividad que quiere reproducir la naturaleza como la ve, como la siente.

Esta relación constante del ser humano frente al mundo moderno, a menudo inexplorada, se expresa a través de una serie de sensaciones. Ahora bien, según Steiner,³³ no se puede aplicar el término de subjetivo a la expresión de una sensación. Lo que sentimos, lo que experimentamos con los sentidos, especialmente la vista,³⁴ no es una sensación subjetiva en sí, ya que hace parte del paisaje. Puede serlo en los pocos instantes de su transformación entre el mundo exterior y nuestro mundo interior, pero sólo importa la forma de su manifestación. Y esta forma, en el científico que es Humboldt, es científica porque él domina sus sentidos. Y demuestra esta disciplina que impone hasta en la descripción de las riberas del Magdalena. Su imaginación habría podido desbordar ampliamente esta frescura verde que evoca. Al permanecer lúcido, da así al lector la posibilidad de experimentar esta impresión como fiel discípulo del pensamiento filosófico contemporáneo.

La experiencia estética

EL anhelo estético que hemos subrayado en Humboldt refleja también este pensamiento filosófico. Humboldt experimenta realmente una gran emoción estética. La siente al contemplar las riberas del Magdalena, el curso de su lecho y los remeros o bogas del sampán sobre el que navega. Ningún prejuicio, aquí, ninguna subjetividad. ¿Cómo podría

³¹ *Diario de viaje*, p. 71.

³² Goethe, *Tratado de los colores*, p. 46.

³³ *Ibid.*, p. 25

³⁴ En esto adhiere a la teoría de Schopenhauer en *El mundo como voluntad y representación*, p. 257.

tenerla? Queda atrapado. Queda prisionero del encanto, por más científico que sea, de un paisaje auténtico, grandioso y salvaje, y de los remeros de impresionante estatura. Humboldt admira su fuerza y vigor. No deja ningún detalle de lado cuando describe el movimiento de la pértiga que cada uno de ellos hunde en el río para hacer avanzar la embarcación.

Esta admiración que les dedica podría parecer sorprendente. Según Yves Cusset, “no es el tipo de objeto lo que procura el placer estético, sino la forma de reflexión que se tiene sobre el propio sentimiento frente al objeto que le es presentado”.³⁵ Ahora bien, la admiración por esos negros atléticos es todavía más acentuada frente a la presencia de un compañero de viaje como Bonpland, que sufre frecuentemente de fiebres y de problemas de salud. Y no es el único que los admira. Las mujeres indígenas cansadas de sus maridos “fríos” buscan “voluptuosamente” a los negros.³⁶

Otra particularidad de este río es el gran número de cocodrilos que a menudo los remeros tienen que desafiar cuando deben alcanzar el río a nado para jalar la embarcación. Estos cocodrilos han invadido el río. En Mompox, Humboldt aprovecha para seccionar una docena, estudiar su anatomía, su respiración.

Halla su olor fétido y repugnante, pero experimenta sin embargo una cierta admiración frente a su aspecto impresionante y su forma de defenderse de los buitres: después de haber reunido unos cuarenta cocodrilos en Mompox, en un patio rodeado de muros, los observa.³⁷ Antes, nos ofrece una solución para salvamos de sus mandíbulas: “el caimán suelta la presa al meterle los dedos en los ojos”.³⁸

Por un lado, el científico alemán experimenta cierta admiración por este animal. Por otro lado, es consciente de su nocividad y enseña cómo matarlo. Esta contradicción aparente en Humboldt en realidad no lo es para él. La preocupación constante de un análisis objetivo sitúa el objeto sobre un plano distinto al que les es conferido tradicionalmente. Humboldt muestra que todo es posible. Bache teme bañarse al lado de los caimanes, Humboldt muestra cómo podemos defendernos de ellos.

Esta sensibilidad que despliega a lo largo de su diario y que constituyó la base de nuestro estudio ofrece perspectivas nuevas que apuntan a ayudar a la comprensión de la racionalidad del investigador en

³⁵ *L'esthétique contemporaine*, Pleins Feux, 2000, p. 59.

³⁶ *Diario de viaje*, p. 67.

³⁷ *Viaje*, p. 899.

³⁸ *Ibid.*, p. 878.

sus relatos. Humboldt en su diario sobre el río Magdalena ilustra el pensamiento filosófico de sus contemporáneos al mostrar que una descripción objetiva, un conocimiento real, dependen ante todo de la sensación experimentada frente al objeto. Esta característica revela la visión moderna y realista de un científico dueño de su sensibilidad. De ahí la ausencia de sueño y de imaginación. Sin embargo, Humboldt puso el acento sobre los remeros y los caimanes, que constituyen la leyenda del Magdalena, pero no ha humanizado al caimán como en el cuento "El hombre caimán".

Por una vez, esta Colombia tropical no sufre la pasión de sus habitantes sino que se nos muestra tal como es gracias a la nueva mirada que le dirige un científico.

Traducido del francés por Hernán G. H. Taboada

BIBLIOGRAFÍA

- Bache, Richard, *La República de Colombia en los años 1822-1823*, Caracas, 1982, 265 págs.
- Chatelain Y. y G. Riou, *Milieux et paysages*, Paris, Masson, 1986, 154 págs.
- Cusset, Yves, *Réflexions sur l'esthétique contemporaine*, Pleins Feux, 2000, 59 págs.
- Fidalgo, Joaquín Francisco, *Derrotero de las costas de la América septentrional desde la Trinidad hasta el Golfo de Darién (1795-1801)*, Madrid, Museo Naval.
- "El viaje de Mollien", *Gaceta de Colombia*, agosto de 1826.
- Goethe, *Traité des couleurs*, Paris, Triades, 1980, 304 págs.
- Gómez Picón, Rafael, *Magdalena Río de Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo, 492 págs.
- Gosselmann, Carl August, *Viaje por Colombia*, Bogotá, Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, 1981, 374 págs.
- Humboldt, A. de, *Viaje a las regiones equinociales del nuevo continente*, en *Viajes por América del Sur*, Madrid, Aguilar, 1962, pp. 563-1085.
- , "Diario de viaje por el río Magdalena", *Revista del Instituto Geográfico Agustín Codazzi* (Bogotá), vol. 1 (1970), pp. 63-74.
- Interface Historia: entre 1750 y 1900, Yvon Chatelain, "La découverte de milieux naturels nouveaux", en *Milieux et paysages*, Paris, Masson, 1986, p. 71.
- Kessler, Mathieu, *Le passage et son ombre*, Paris, PUF, 1999, 87 págs.
- La pensée dans la langue de Humboldt*, sous la direction de H. Meschonnic, Presses Universitaires de Vincennes, 1995.
- La ruta de Humboldt, Colombia y Venezuela*, tomo II, Bogotá, Villegas, 1994, 175 págs.

- Lecuna, Vicente, *Cartas del Libertador*, Nueva York, Colonial, 1948, tomo iv, núm. 776.
- Le Moyne A., *La Nouvelle Grenade*, Paris, A. Quantin imprimeur-éditeur, 1880, tomo i, 309 págs., tomo ii, 306 págs.
- Minguet, Charles, *Alexandre de Humboldt*, Paris, L'Harmattan, 1997, 516 págs., "Humboldt et les philosophes rationnels" [trad., *Humboldt: el otro descubrimiento*, México, IPGH, 2001, vol. ii, pp. 195-198].
- Mollien G., *Viaje por la Republica de Colombia en 1823*, Bogotá, Biblioteca popular de cultura colombiana, 1943, 458 págs.
- Pérez Arbeláez, Enrique, *Alejandro de Humboldt en Colombia*, Bogotá, Ed. de la Empresa Colombiana de Petróleos, Editorial Iqueima, 1959.
- Recht, Roland, *La lettre de Humboldt*, Paris, C. Bourgeois, 1989.
- Rosset, Clément, *Schopenhauer, philosophe de l'absurde*, Paris, PUF, 1967, 107 págs.
- Saffray, Charles, *Voyage à la Nouvelle Grenade*, Phébus, 1990, 297 págs.
- Schopenhauer, *Esthétique et métaphysique*, Paris, Le livre de poche, 1999, 220 págs.
- , *Le monde comme volonté et comme représentation*, Paris, PUF, 1996, 14^e édition, 1434 págs.
- Trottein, Serge, *L'esthétique naît-elle au XVIII^e siècle?*, Paris, PUF, 2000, 159 págs.
- Zea, Leopoldo y Mario Magallón, comps., *El mundo que encontró Humboldt*, México, IPGH/FCE, 1999 (Colección *Latinoamérica Fin de Milenio*, 12), 148 págs.
- , *La huella de Humboldt*, México, IPGH/FCE, 1999 (Colección *Latinoamérica Fin de Milenio*, 14), 148 págs.